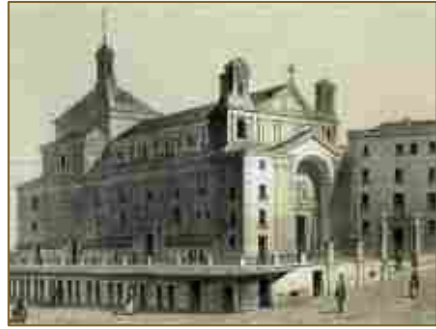


El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 698 – Viernes 25 de Noviembre de 2022

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Ayuso o la esperanza**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **La política y los «virtuosos»**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Santiago Cantera: «El cristianismo es una religión que nos mueve a la alegría»**, *Juan María Sánchez Galera*
- ✚ **Médicos y enfermeros: ¡adiós mi España querida!**, *Jesús Cacho*
- ✚ **Chapapote contra Ayuso**, *Esperanza Aguirre*
- ✚ **Tres mil años de hipocresía**, *Juan Manuel de Prada*
- ✚ **57 céntimos la hora**, *Félix Madero*

Ayuso o la esperanza

Emilio Álvarez Frías

A palabra que a mí Ayuso no me ha dado nada. Sólo la tengo que agradecer una multa porque en una calle de Madrid, por la que no paso más de una vez al año, me pusieron una multa el día que tocó ir por allí no recuerdo por qué, por circular a una velocidad 58 Km cuando estaba marcado a 50. Al parecer me pasé un pelín de velocidad sin darme cuenta, o porque el



momento y el lugar lo requería, pues, cuando se conduce, no todo es blanco o negro siempre, sino que, a veces, por reflejo del sol, porque llueve, o porque un muermo anda mal con su vehículo, uno tiene que apretar un tantico más el acelerador. No justifico esta multa, al contrario que sí justificué en su día la que me puso la Guardia Civil hace años a la altura de Puerta de Hierro; me para-

ron y correctamente me dijeron que me había saltado un stop. Les indiqué que llevaba años pasando por allí sin haberlo visto. Les pedí permiso para ir a ver dónde estaba el stop, y, efectivamente, allí se encontraba. Les animé a

que me pusieran la multa porque me la había ganado con creces, y quedamos tan amigos.

A Isabel Díaz Ayuso, aparte haberme favorecido con una multa, ni la conozco personalmente, ni sabía de su existencia antes de ocupar la Presidencia de la Comunidad de Madrid, e incluso a veces no coincido con algunos de sus puntos de vista sobre la gobernanza y lo que es preciso hacer en el país, pero ello es lógico, pues no podemos ser miméticos unos de otros, ya que, aparte de que resultaría muy aburrido, sería un síntoma de que no ejercíamos la libertad de acción y palabra que nos ha sido concedida por el Creador, y que el pensamiento único era el que privaba en todos los cerebros del país.

Más a pesar de las disidencias de pensamiento que pueda haber, me he sumado a su rehala sin condiciones, haciéndome eco de sus decisiones, pues no se anda con triquiñuelas cuando considera tiene que tomar una decisión, ni utiliza subterfugios cuando ha de poner en claro un punto de vista frente a las añagazas de la oposición, o ha de cortar por lo sano si las culebras intentan meterse en su espacio. Con dos narices. Y sin sacar los pies del tiesto más de lo necesario para para poner la zancadilla al cornúpedo que con malas artes



intenta tropiece y caiga, utilizando incluso del insulto el malhadado si le viene en gana, aprovechando las comidillas de prensa si encuentra la ocasión, y lanzando todo tipo de piedras sobre el tejado de la Ayuso a ver si con eso la escalabra y tiene que hospitalizarse.

A mí me encanta las personas que hablan claro cuando consideran ha de expresar un pensamiento, un deseo, la voluntad de seguir un camino. Sin tapadillo alguno. Jugándosela si es necesario.

Dando la cara todo lo que sea preciso. Cosa que no es muy frecuente entre personas que lo deberían hacer en serio, con decoro, sabiendo todo lo que entregan a cambio de nada o simplemente de lo que defienden y queda de manifiesto. La mayoría de las veces expuestos a perder lo que se pone en el envite, y mucho más.

Dicho lo expuesto, por el momento no tengo otra cosa que sugerir a todo aquel que pretenda recuperar la España grande, sin miserables que se aprovechen de ella, que han de apuntarse por el momento al pelotón de Ayuso y lo que la rodea, aunque en cualquier otro instante haya que darla algún toque que la enderece. Tratando de limpiar toda la porquería que tiran en torno a su persona y hacerlos aquellos que adoptan una postura canallesca y de rufianes que a diario están tratando de cubrir España de suciedad en todos los aspectos. Volver al 36, aunque sea con otros modos, no conduce a nada. Porque los que andan en el intento son tan roñosos y malvados como los de entonces, con distintas palabras, diversas acciones, y hasta, si se quiere, distintos fines, pero igualmente perversos. Hay que barrer cuanto a diario nos están

imponiendo con el beneplácito de un Parlamento vendido a los deseos e intereses de Pedro Sánchez, que no son los de España.

Así opinaban hoy cuantos intervenían en el mentidero de Porlier, recordando a cuantos perdieron la vida en la Checa de enfrente, a los que dedicaron una oración.

La política y los «virtuosos»

Y ahora ¿qué hacen los intelectuales? Parecen estar a lo suyo, que no es lo de todos

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

Asqueado por la mediocridad del ambiente, por los tiras y aflojas, las descalificaciones y las condenas entre facciones del Gobierno, y no menos por los insultos a la judicatura y a quienes no les dicen «sí, bwana» de personas indocumentadas que hace pocos años no hubiesen soñado con sus posiciones de hoy, he vuelto al huerto de los clásicos, que dan menos disgustos.

Conocemos desde Platón y Aristóteles, muy lejos en el tiempo y tan cercanos, la búsqueda de las bondades del Gobierno de los «virtuosos», que desemboca en las reflexiones más recientes sobre la responsabilidad de los intelectuales en la política, que serían los «virtuosos» de hoy. Se considera que los primeros intelectuales modernos se reunieron en torno a Emile Zola (Anatole France, Marcel Proust, León Blum...) en el sonado debate público que llevó a revisar el llamado «caso Dreyfus», el capitán judío condenado injustamente, desde aquel célebre artículo de Zola en 1898: «Yo acuso».

El intelectual no tiene necesariamente que ser un sabio. Para Bobbio su menester es nada menos que «prescribir valores», lo que le une a la idea platónica



y aristotélica; una especie de médico de la sociedad cuya aspiración, a veces en la sombra, habría de ser marcar caminos desde una razonable independencia de criterio. Puede ser un científico, un técnico, un pensador o un artista, o muchas más cosas. Basta que opine en un contexto social en el que su reflexión sea útil.

Debería ser un combatiente contra la abulia y el enmascaramiento en el seno de la sociedad; un aguijón incómodo porque trata de despertar, de fustigar, de estimular a la opinión. Su papel es el de abanderado de la verdad sin sometimientos.

Antonio Gramsci, desde su posición de comunista, apunta al intelectual «orgánico» que sirve, porque da argumentos, a lo ya decidido por el poder, lo

que supone una especie de menester de acompañamiento, funcional, sobrenido. Es una vía hacia el páramo que hace considerar a Eco que los intelectuales son un grupo social «inútil e irresponsable», generalización injusta. Muchos otros, antes y después, han reflexionado sobre la responsabilidad de los intelectuales en la política. De nuestro Ortega a Sartre y Camus, a Bourdieu y Althusser, éste desde la influencia de Gramsci.

España contó antes y durante la Segunda República con una pléyade de intelectuales influyentes que prepararon la caída de la Monarquía de Alfonso XIII, dando fin al último tramo de la restauración canovista, y luego marcaron con sus ideas, como si fuese con piedra de pedernal, la breve experiencia republicana, aunque no pocos pronto cayeron en la decepción y el desánimo, como Ortega en su artículo «Un Aldabonazo», que incluía el célebre «no es esto, no es esto» (*Crisol*: 9 de septiembre de 1931) y que debe leerse junto a su célebre reflexión anterior «El error Berenguer», que se cierra con la afirmación «Delenda est Monarchia» (*El Sol*: 15 de noviembre de 1930).

Ortega, Pérez de Ayala –dimitido de la embajada en Londres en junio de 1936– y Marañón, arietes de la Agrupación al Servicio de la República, fundada en febrero de 1931, acabaron huyendo de la España republicana en guerra, temiendo por sus vidas, y sus hijos lucharon en las filas «nacionales». También por temor abandonaron España Pío Baroja, Clara Campoamor, Azorín,



Severo Ochoa, Ramón Menéndez Pidal y el exministro republicano Salvador de Madariaga...

Y ahora ¿qué hacen los intelectuales? Parecen estar a lo suyo, que no es lo de todos. Para encontrarlos en la política hay que asistirse del candil de Diógenes, que nunca encontró ante su luz el hombre auténtico que buscaba. Y ni por esas. Vivimos una realidad preocupante y ni los intelectuales de izquierda, para defender lo que hacen los suyos, ni los de derecha para condenarlo, parecen haberse desperezado. O no lo suficiente.

El afecto de los ciudadanos por los políticos es manifiestamente mejorable según las encuestas. La política es un menester de servicio a los demás y ese servicio comúnmente no se valora. En cuanto a los intelectuales, la mediocridad ambiente que padecemos –también en la política– repele a quienes, como agujones de la opinión, como combatientes contra la abulia, deberían apoyarla desde las ideas y acaso protagonizarla. Este es uno de los principales problemas que hoy padecemos. No todo es economía aunque sea lo que más nos acucia.

El afecto de los ciudadanos por los políticos es manifiestamente mejorable según las encuestas. La política es un menester de servicio a los demás y ese servicio comúnmente no se valora. En cuanto a los intelectuales, la mediocridad ambiente que padecemos –también en la política– repele a quienes, como agujones de la opinión, como combatientes contra la abulia, deberían apoyarla desde las ideas y acaso protagonizarla. Este es uno de los principales problemas que hoy padecemos. No todo es economía aunque sea lo que más nos acucia.

Los ciudadanos desconfían de los políticos, y la política, que circula como la sangre por el sistema venoso de los partidos, se aleja de los intelectuales. Pensar por cuenta propia, y obviamente no con deslealtad sino desde la dignidad y la consecuencia, paga a menudo el peaje de la sombra o el alejamiento. Los intelectuales provocan una incomprensible desconfianza en los

partidos. Se prefieren y requieren «apparatchik» que deben pensar lo justo, tener la cultura justa, aconsejar lo conveniente y si no aconsejan, mejor. Están donde están para no caer en la tentación de incordiar.

Si no reaccionan los «virtuosos» –léase intelectuales–, si no están en el Gobierno, ni en los partidos y tampoco crean opinión, ¿cómo sorprendernos de que la sociedad no reaccione ante la realidad que vivimos? El Gobierno amasa el voto subvencionado, no pocos cientos de miles de nuevos nacionalizados españoles tendrán derecho a votar, y se desmonta el edificio del Estado de derecho pieza a pieza. Pocos levantan la voz. Las calles tranquilas. ¿Qué nos pasa?

Congreso Católicos y Vida Pública

Santiago Cantera: «El cristianismo es una religión que nos mueve a la alegría»

Hablar con Santiago Cantera permite conectarse con la larga tradición de la Iglesia, sin dejar de estar ni un minuto en el siglo XXI. No en vano, su fundador San Benito «es uno de los padres de Europa»

José María Sánchez Galera (*El Debate*)

Santiago Cantera es uno de los monjes benedictinos más conocidos en España. Es prior en el Valle de los Caídos y, charlando con *El Debate*, asegura que «la búsqueda de Dios es una necesidad constante del ser humano y se recurre a los monasterios como lugares de encuentro con Dios».

Hablar con Santiago Cantera permite conectarse con la larga tradición de la Iglesia, sin dejar de estar ni un minuto en el siglo XXI. No en vano, su fundador San Benito «es uno de los padres de Europa». «Pero no fue su pretensión», aclara, «ni la de los monjes benedictinos, hijos espirituales suyos». Sucedió que «los monasterios se convirtieron en centros de referencia durante una etapa de crisis social, política, cultural». Como la historia se empeña en repetirse, charlamos con él durante el 24º Congreso Católicos y Vida Pública.



–Católicos y vida pública. ¿Qué tiene que decir un monje a los que están en la vida pública?

–La vida pública fundamentalmente corresponde a los laicos, a los seglares. Un monje contemplativo lo que puede transmitir es algunas ideas a partir de una experiencia espiritual y de unos conocimientos teológicos y espirituales. Para orientar, para ayudar, para alentar, para guiar. Pero a quien corresponde la acción pública propiamente es a los seglares.

–Hemos entrevistado a Armado Pego y hemos comentado que, antes, la vida monástica iluminaba y daba centralidad a la vida de los laicos, sabiendo que una cosa es la vida retirada y otra cosa era laica. ¿Esa integración espiritual hoy se ha quebrado?

–Armando Pego es una persona a la que admiro por sus publicaciones; he recibido alguna dedicada por él y se lo agradezco mucho. Son libros de una profundidad y un interés muy notable. Es verdad que, en comparación con el auge que tuvieron durante la Alta y la plena Edad Media, la influencia que hoy pueda existir de los monasterios es más limitada. Pero los monasterios muchas veces siguen siendo referentes, porque la búsqueda de Dios es una necesidad constante del ser humano, y se recurre a los monasterios como lugares de encuentro con Dios. Siguen siendo puntos en donde encontrar una visión que explica la realidad del mundo, del hombre y de Dios.

–En la charla con Armando Pego se aludió a Tomás Moro, como figura que suponía una simbiosis entre la vida civil y una evidente alma monacal. Dejando de lado las consideraciones políticas, ¿no supone a fin de cuentas una propuesta espiritual, de los cimientos de una vida?

–Sí, de hecho, hay personas que en la vida pública sustentan su actividad a partir de una espiritualidad vivida en torno a un monasterio, a partir de una espiritualidad monástica. E incluso en el ámbito empresarial, y en algunas instituciones culturales y políticas, se ha tomado la Regla de San Benito como punto de referencia, como un código que aporta no solo unas pautas espirituales, sino también unas pautas muy sabias de organización humana, de organización social. La vida monástica está abierta y es aplicable a la vida espiritual de los laicos. En el ámbito benedictino, existen los oblatos: seculares benedictinos que viven la espiritualidad monástica en el mundo. Eso contribuye a iluminar muchas de sus actividades sociales y públicas.



–Usted vive en un lugar donde hay muchas personas enterradas. ¿Eso les proporciona perspectiva espiritual de mayor hondura?

–El compartir el tiempo, la existencia con los difuntos, con los cuerpos de los difuntos, proporciona una cercanía muy grande a ellos y a sus almas, a sus vidas. Proporciona una visión trascendente de la realidad. Hace sentir y entender también el dolor, el sufrimiento, el sacrificio de todos ellos, que han muerto en la guerra. Y conlleva una visión de amistad con los difuntos. Los cementerios católicos aportan paz a quien entra en ellos; ya lo explica la palabra «cementerio» [del griego *koimao* «echarse a dormir»], que es un dormir de cara a la vida eterna. Un cementerio es donde se reposa, a la espera de la

resurrección definitiva de los cuerpos. Y esa cercanía forma parte de la Comunión de los Santos dentro de la Iglesia. Nosotros podemos interceder por los difuntos que aún no han alcanzado el Cielo, y los difuntos que lo han alcanzado pueden interceder por nosotros.

–A raíz de la pandemia, y al contrario de lo que sucedió en el siglo XIV con la Peste Negra, se ha echado de menos en la Iglesia volver a hablar de las Pos-trimerías y de la penitencia. ¿Eso sería un signo de secularización, que no laicización?

–Creo que sí. Es una lástima, pero toda la epidemia de la covid ha sido, en gran medida, una «oportunidad» perdida para que desde la Iglesia se acentuara una predicación más honda que animara a la reflexión sobre el sentido de la enfermedad, el sentido de la muerte, el sentido de la vida y el sentido trascendente del ser humano. Estamos ante una secularización del mensaje cristiano que nos lleva a la inmanencia, a hablar solo de las realidades de este mundo, olvidando que la vida no termina aquí y que todo alcanza su sentido en Dios, que trasciende nuestra realidad terrena.

–Hace unas semanas, precisamente, se ha celebrado la Solemnidad de Todos los Santos y la Conmemoración de los Fieles Difuntos. Pero cada vez son más quienes a esos días los denominan Halloween.

–La institución de la celebración de los Fieles Difuntos –para orar por quienes están en el Purgatorio– se debe, fundamentalmente, a un abad benedictino, San Odilón de Cluny, en el siglo XI. Lo bonito del mensaje cristiano en ambas



fiestas es el triunfo de Cristo sobre la muerte, sobre el pecado, sobre el demonio. Estamos llamados a la vida eterna y podemos interceder por aquellos que todavía no la han alcanzado. Esta fiesta de Halloween, por el contrario, incide en la fealdad, en el horror de lo monstruoso. Es indicio de paganización y, además, resulta ajeno a nuestra tradición cultural. Sin embargo, el cristianismo nos habla de la gloria de los santos y la felicidad. El cristianismo es una religión que nos mueve a la alegría. Por supuesto, desde la penitencia y el arrepentimiento de nuestros pecados. Pero destaca la alegría de saberse perdonado, de saberse amado.

–De eso ustedes los monjes saben mucho. Durante muchos siglos nos han propiciado mucha alegría, porque han sido grandes cerveceros, grandes enólogos. Han inventado el whisky y el champán. ¿Qué distingue a los monjes de hoy de los de aquellos siglos?

–De eso ustedes los monjes saben mucho. Durante muchos siglos nos han propiciado mucha alegría, porque han sido grandes cerveceros, grandes enólogos. Han inventado el whisky y el champán. ¿Qué distingue a los monjes de hoy de los de aquellos siglos?

–Lo esencial sigue vivo. El mismo mensaje, la misma espiritualidad, la misma teología que subyace en esta vida religiosa monástica, de las enseñanzas de los de los Santos Padres que iniciaron nuestra vida, desde los Padres del desierto egipcios del siglo IV. Lo que puede haber cambiado son algunos aspectos circunstanciales. Antes se trataba de una economía predominantemente

agraria y rural, y hoy existe una amplia economía de mercado. Pero siempre se busca la simplicidad, la sencillez. Lo esencial, los fundamentos, siguen siendo los mismos.

–¿Qué aconseja usted a un laico para su vida espiritual diaria?

–Lo primero sería acentuar el sentido de la presencia de Dios, cuidando de momentos de oración y de lectura espiritual. Puede ser el rezo de las Horas del Oficio Divino, sencillas jaculatorias, pequeñas oraciones, pequeñas elevaciones del alma hacia Dios. Lo segundo es el cuidado de la vida sacramental, sabiendo que los sacramentos son la vía ordinaria de la gracia. En tercer lugar, enfocar toda nuestra actividad y nuestras obligaciones familiares, sociales, laborales, desde esta mirada de Dios. También aconsejo la lectura de los escritos del hermano San Rafael Arnaiz, un monje de nuestro tiempo que vivió poquito la vida monástica, pero se penetró de ella. Profundo y sencillo al mismo tiempo.

Médicos y enfermeros: ¡adiós mi España querida!

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

«Vine a España tras descartar la posibilidad de estudiar medicina en EEUU. No me gustó el sistema americano y preferí el español. Me atrajo desde el principio. Así que dediqué 10 años de mi vida a estudiar la carrera en Madrid y a sacarme el MIR en el Puerta de Hierro de Majadahonda, en la especialidad de medicina de familia. Pronto me enamoré de este país hasta el punto de sentirme una española más. Los principios no fueron fáciles. Trabajos precarios haciendo sustituciones, contratos basura con despido de viernes a lunes. Los tuve también semestrales, de los que creo haber empalmado unos cuantos. Pero se trata de ir ganando puntos e ir subiendo en la bolsa para poder aspirar a mejores destinos. Por fin llegó un contrato fijo en un centro de salud en jornadas de tarde de 14:30 a 21:00. Para entonces ya me había casado con un español y había sido madre de dos niños que ahora tienen 9 y 6 años. Es un turno duro porque no puedes ir a buscarlos a la salida del colegio, ni jugar con ellos, ni prepararles la cena, ni leerles un cuento antes de dormir. Empecé a darme cuenta de que por la ausencia de conciliación me estaba perdiendo la mejor etapa de mi vida, la de la infancia de mis hijos. De modo que cuando me ofrecieron un contrato de interinidad en el Servicio de Atención Rural (SAR) lo sentí como una liberación».



Los SAR (40 centros) son los servicios de urgencia extrahospitalaria que atienden a partir de las 9 de la noche cuando cierran los centros de salud, dando cobertura a la población rural. Su equivalente en Madrid y grandes pueblos del conurbano madrileño son los SUAP. Dotados con una media de entre 4 y 6 médicos, los SAR no han cerrado ni en Filomena ni en la pandemia, y su eficacia está más que probada atendiendo desde asuntos menores hasta urgencias graves. Sí cerraron con la pandemia los 37 SUAP y cerrados han seguido desde entonces, en medio de un malestar que ha ido subiendo de grado entre la ciudadanía y los profesionales afectados, que en este tiempo se han ido buscando la vida como han podido. Hasta que la Consejería de Sanidad madrileña decidió en junio lanzar un plan de reapertura de estos centros sin contar con su personal, de modo que la Comunidad volvía a tener abiertos 77 centros de urgencia extrahospitalaria pero atendidos únicamente por el personal de los SAR, que ven así reducido drásticamente su equipo médico y de enfermería. La medida se implantó entre el 26/27 de octubre e implicó cambios bruscos de destino de los sanitarios, gente que recibió las órdenes de sus nuevos lugares de trabajo por burofax e incluso de madrugada. El cabreo fue grande en un sector muy consciente de su posición, muy afirmado en la importancia de su labor y que, en consecuencia, reclama de la «jefatura» el respeto debido.

«El nuevo escenario me coloca en una situación imposible porque, dada mi situación familiar, yo no puedo trabajar por la tarde. En realidad aceptas trabajar fines de semana y festivos en un SAR porque te gustan las urgencias y porque tienes más o menos cubiertas las espaldas en tu casa, pero los cambios de destino y de jornada que te impone el nuevo diseño te rompe cualquier posibilidad de conciliación, de modo que escribo correos y más correos a la Consejería planteando mi problema sin recibir jamás respuesta, hasta que un día, harta de no recibir noticias, decido renunciar y que sea lo que Dios quiera porque no puedo más. Y entonces sí, entonces me contestan casi a vuelta de correo para comunicarme que me penalizaban en la bolsa colocándome en el último puesto del escalafón. Aquel día sentí que me estaban invitando a irme».



cambios de destino y de jornada que te impone el nuevo diseño te rompe cualquier posibilidad de conciliación, de modo que escribo correos y más correos a la Consejería planteando mi problema sin recibir jamás respuesta, hasta que un día, harta de no recibir noticias, decido renunciar y que sea lo que Dios quiera porque no puedo más. Y entonces sí, entonces me contestan casi a vuelta de correo para comunicarme que me penalizaban en la bolsa colocándome en el último puesto del escalafón. Aquel día sentí que me estaban invitando a irme».

«Yo venía recibiendo ofertas de trabajo fuera de España desde hace tiempo, ofertas jugosas desde el punto de vista salarial y de condiciones de trabajo, de Alemania, de Francia, de Irlanda... Todas triplicaban mi sueldo, pero nunca me había planteado aceptarlas porque mi vida y la de mi familia está muy encarrilada en España, amamos a este país y queremos vivir aquí nuestra vida, pero ahora todo se ha ido al traste. No soy la única. Cerca de 30 médicos han renunciado en las últimas semanas en Madrid, una señal de alerta o de alarma que debería hacer reflexionar a quien corresponda».

«De modo que volví a tomar contacto con la reclutadora que me había contactado hace tiempo y enseguida me presentó varias ofertas. La más interesante, de Irlanda, para trabajar en un centro fuera de Dublín, con una dotación de 9 médicos, en jornadas de lunes a viernes 4 horas mañana y otras 4 tarde, con 15 minutos de atención por paciente (cosa extraordinaria para un médico de familia español que a veces está obligado de recibir a 50/60 pacientes al día), con alojamiento a cargo del hospital y con posibilidad absoluta de conciliación familiar. Y 100.000 euros brutos. Y me voy, claro, me voy porque de un día para otro me han roto el rumbo de vida que tenía trazado, han hecho añicos mis planes... Mis hijos tienen que terminar el curso escolar, tiempo que utilizaré para completar el papeleo, bastante prolijo, y que empezará esta misma semana con un ejercicio de evaluación telemática de mi nivel de inglés».

«Yo no quiero ganar los 100.000 euros que me ofrece Irlanda ni mucho menos. Yo aspiraba a seguir trabajando en España atendiendo bien a mis pacientes y conciliando mi vida familiar. Eso era todo. Cuando ese horizonte se quiebra, tienes que buscarte una salida. Por fortuna, mi marido puede trabajar con su ordenador desde cualquier sitio, de modo que por ahí no tengo problema. Supongo que empezaré haciendo suplencias para ir conociendo el sistema y a finales de curso nos iremos todos».

El problema lo tiene España, la sanidad española, porque si a un joven titulado no le ofreces un entorno laboral adecuado y un contrato mínimamente atractivo se va a ir a trabajar fuera, que para los jóvenes no existen ya las fronteras



y menos aún en la UE. Pero el descalabro a nivel nacional es importante, porque el país está dedicando, durante una media de 10 años, cuantiosos recursos en la educación y especialización de médicos y enfermeros que luego se van a trabajar al extranjero dejando en situación precaria tu sistema nacional de salud. Es un problema de primera magnitud que requería solu-

ciones al máximo nivel y con el mayor consenso posible. Salarios atractivos, sí, pero también trato adecuado, respeto al trabajo y a la opinión de los profesionales sanitarios. Que parece haber sido lo que ha fallado en la reciente crisis de la sanidad madrileña.

Para nadie es un secreto que Isabel Díaz Ayuso se ha convertido en la oposición más tenaz no ya al sanchismo, que va de suyo, sino a esa izquierda zarrapastrosa española, toda ella radical porque moderada ya no existe, que la distingue con su odio visceral. Ayuso es el espejo cóncavo donde se reflejan las miserias de un Gobierno empeñado en la paulatina demolición del edificio constitucional. Con Feijóo en un plano más institucional, la presidenta madrileña ha asumido el papel de mascarón de proa, frontón donde se estrellan los peores instintos de Sánchez y su banda. Es la mujer que saca a nuestro Antonio

de sus casillas, porque no aspira a que esa izquierda casposa le perdone la vida, máxima pretensión de tanto centrista centrado en el santo temor al qué dirá de él nuestra atrabiliaria gauche. Y es la primera autoridad de la región más rica de España, una comunidad que desde hace tiempo se le resiste a un socialismo al que viene propinando sonoros portazos electorales.

La obsesión de esa izquierda que no puede en las urnas con el Madrid liberal y urbano por acabar con Ayuso y ocupar la Puerta del Sol roza la paranoia. Con la sanidad como martillo pilón. La izquierda siempre ha tenido un sentido muy patrimonial de la sanidad y la educación, dos materias que considera suyas por derecho propio y donde no consiente que nadie meta la nariz a menos que sea para hacer lo que ella diga. De modo que cada tres o cuatro años monta el «pollo», siempre con el mismo argumento por bandera: la negativa a permitir que la malvada derecha desmantele la sanidad pública para entregársela en bandeja a sus amigos ricos de la privada. Convencida la «médica



y madre» y su tropa de que si agitan convenientemente las aguas de un mar tan sensible como el sanitario, Ayuso acabará saltando por los aires y los madrileños acudirán a votarles en masa. Cosa que no suele ocurrir, lo que sitúa a las Mónicas en un callejón sin salida a medio camino entre la frustración y la melancolía. Lo peor, con todo, de tan

mendaz estrategia es que va minando poco a poco la moral de médicos y enfermeros, en particular los de atención primaria, encapsulados entre los tics autoritarios de la Consejería de Sanidad y el martilleo de una izquierda sindical empeñada en sembrar diariamente derrotismo y miseria en una de las regiones con mayor esperanza de vida del mundo.

Pero asumir esa condición de enemigo público número uno del sanchismo tiene un coste elevado para Ayuso, porque supone hacer frente a las maquinaciones de ese «enemigo formidable» que desde Moncloa maneja a su antojo el aparato del Estado y dispone de una armada mediática de fidelidad perruna. Que el Gobierno Sánchez ha utilizado políticamente la crisis sanitaria madrileña para desgastar a Ayuso es a estas alturas una obviedad que no reclama mayor análisis. Algo de sobra conocido por la propia Ayuso y su consejero de Sanidad, lo cual debería reclamar de ambos una dosis extra de mano izquierda, alejada de la proclama visceral, a la hora de hacer frente a un litigio tan complejo, tan cargado de sensibilidades, como el descrito. «Con tanta gente estresada como hay en el sector, lo que no puedes hacer es llamar vagos o rojos a médicos y enfermeros cuando sabes muy bien que este es un sector mayoritariamente de centro derecha. Eso es un despropósito que pre-dispone al colectivo en tu contra».

Esta crisis, que el viernes entró en vías de solución, no se resolverá con proclamas o denuncias de utilización política partidista y mucho menos con exa-

bruptos. Esto se solucionará con talento y capacidad de gestión, que es precisamente lo que parece haber faltado en la Puerta del Sol en el arranque de la misma. Ocurre, además, que tocar cualquier elemento organizativo en Sanidad, por pequeño se sea, supone enfrentarse a los derechos adquiridos de médicos con plaza en propiedad que se resistirán al cambio como gato panza arriba. Esta es una organización muy inercial, en la que es difícil modificar el statu quo, razón de más para censurar el nivel de improvisación o desbarajuste que subyace en un plan de reapertura del servicio de urgencias extrahospitalarias que ha conocido hasta cuatro versiones o rectificaciones en los últimos meses.

Con todo, este no es un problema madrileño, por mucho que las baterías del sanchismo hayan tratado de focalizarlo en Madrid. El de la sanidad es un problema nacional y de unas proporciones gigantescas, equiparable incluso al de las pensiones. De acuerdo con datos ofrecidos por el Sistema de Cuentas de Salud (SCS), el gasto total del sistema sanitario español, entendido como la suma de los recursos asistenciales públicos y privados, ascendió en 2019 a 115.458 millones de euros (81.590 financiados por el sector público y 33.868 por el sector privado). Durante el quinquenio 2015-2019, el gasto sanitario total se incrementó un 15,8% (15.748 millones en términos absolutos). El gasto sanitario público creció un 14,7% (10.466 millones), mientras que el privado lo hizo en un 18,5% (5.283 millones). En 2019, el gasto sanitario total representaba un 9,3% del PIB, financiado en un 6,6% con recursos públicos y en un 2,7% con privados. En relación a la población, ese gasto sanitario ha pasado de 2.148 euros por habitante en 2015 a 2.451 euros por habitante en 2019, con un incremento anual medio del 3,3% en el quinquenio.



Estamos pues ante un sector que consume una cantidad ingente de recursos, pobremente financiado a tenor de las opiniones más solventes, y cuya situación se va a ir agravando a causa del envejecimiento de la población y de la necesidad de dedicarle crecientes partidas presupuestarias para, entre otras cosas, mejorar la retribución del personal sanitario evitando fugas como la de la protagonista de esta historia, y afrontar la renovación de equipos de alta tecnología médica y de carísimas especialidades farmacéuticas, todo ello con la vista puesta en seguir dando un buen servicio o incluso mejorarlo, lejos de situaciones como la que atraviesa el National Health Service (NHS) británico, con gente que muere porque no hay un médico que la atienda ni una ambulancia que la traslade a un hospital. Una bola de nieve cuyo tamaño no deja de crecer, porque no hay Gobierno en cuyos Presupuestos no figure un aumento del gasto sanitario del 6% anual o más, y que, por encima de todo, reclama una capacidad de gestión que brilla por su ausencia en nuestro sistema nacio-

nal de salud. Calidad de gestión para organizar los servicios y prestar la debida atención al ciudadano con el mismo o incluso menos dinero gracias a una cosa que se llama eficiencia en el gasto, un concepto con el que está reñida una izquierda tautológicamente convencida de que cualquier problema se arregla echándole encima paladas de dinero, dinero a espuertas como si no hubiera un mañana y como si creciera espontáneamente de un árbol tal que las cerezas.

Un problema cuya solución deberá centrar la atención de Gobierno y oposición dispuestos a alcanzar un pacto que aborde el actual caos desde esa perspectiva de la calidad de la gestión. Seguir el ejemplo de esa Irlanda a la que emigran nuestros médicos. La isla, que en el XIX soportó una hambruna que causó más de un millón de muertos y obligo a otro millón a emigrar a USA, es hoy una economía abierta, con una fiscalidad atractiva para las empresas, un mercado laboral flexible y una mano de obra altamente cualificada, lo que se ha traducido en pleno empleo y en una renta per cápita que en 2021 rozaba los 85.000 euros, casi tres veces (30.115) la española. ¿Milagro? No, consecuencia de la aplicación durante mucho tiempo de buenas políticas públicas. España es el ejemplo perfecto de las malas políticas. Fijémonos en un tema tan crítico como el Covid. España fue el país de la UE que más PIB perdió y en el que se registraron más muertes de todo el continente. Pero, como las desgracias nunca vienen solas, es también el que cuenta con el mayor paro juvenil, las tasas de fracaso escolar más elevadas y la deuda pública, que acaba de rebasar el billón y medio de euros, más abultada (tras Italia) de Europa. Abogar, como recientemente hacía el profesor Fernández-Villaverde, por «una gran estrategia de futuro fundamentada en un gran consenso social y político» para abordar los temas de fondo (crecimiento, sanidad, pensiones, etc.) debería ser un imperativo moral más que una necesidad para cualquier demócrata español. Por desgracia, es imposible imaginar a día de hoy una tal estrategia con un Gobierno empeñado en remar en contra de los intereses de la nación. Toca resistir. O emigrar a Irlanda.

Chapapote contra Ayuso

«La izquierda piensa que si no le organizan otro «prestige» con la excusa del problema de la sanidad madrileña, Ayuso arrasará en las próximas elecciones»

Esperanza Aguirre (*El Subjetivo*)

Los años veinte del siglo pasado vieron la aparición en Europa de los regímenes más totalitarios y criminales de la Historia: el comunismo y el nazismo.

El nacimiento y la expansión de las ideas en que estos regímenes se sustentaban estuvieron unidos a unas muy pensadas políticas de comunicación, a través de unos eficaces aparatos de propaganda, que lograron que muchos ciudadanos creyeran que la solución de sus problemas y la satisfacción de sus

aspiraciones les llegarían gracias a esos regímenes absolutamente totalitarios.

Ya en los orígenes de la Unión Soviética, con Lenin al frente, se creó allí un departamento para la agitación y propaganda, que, para simplificar, llamaron *agitprop*. Departamentos similares fueron creados por todos los partidos comunistas del mundo. Y está meridianamente clara cuál era su finalidad: propagar las supuestas bondades del comunismo para provocar así la agitación de las masas para implantarlo.

Para trasladar a los países occidentales esa propaganda y esa agitación, ya Lenin contó con el trabajo y la inteligencia de un comunista alemán, Willi Münzenberg, que demostró ser un auténtico genio en la tarea que le había sido encomendada: la de convencer a los intelectuales de esos países libres de la superioridad moral y política del comunismo. Lo hizo tan bien, que, ahora,



cien años después, todavía es difícil encontrar en Occidente a intelectuales que abiertamente se enfrenten al comunismo, que ahora se presenta disfrazado de «socialismo del siglo XXI» o de chavismo o de sanchismo.

Pues bien, cuando Hitler inicia su camino para hacerse con el poder, también com-

prende que necesita un departamento similar al soviético para hacer propaganda de sus ideas y, en definitiva, para engañar a esas masas a las que quiere hacer cómplices y víctimas de su proyecto totalitario. Y aquí encuentra a otro alemán, también bastante genial a la hora de manipular la verdad: Joseph Goebbels. Más tosco que Münzenberg, pero durante unos años increíblemente eficaz.

Goebbels, quizás por esa tosquedad, llegó a expresar, sin eufemismos y en una frase lapidaria, cuál es la clave de todos los departamentos de propaganda de los partidos totalitarios: «Una mentira mil veces repetida se convierte en una verdad indiscutible».

De todo esto me he acordado cuando se cumplen 20 años de la tragedia del *Prestige*, un petrolero que, bajo bandera de las Bahamas, se hundió a 250 kilómetros de las costas de Galicia, provocando una marea negra que ensució de manera atroz todo el litoral gallego y cantábrico.

Aquel malhadado accidente, en el que, como cualquiera puede comprender, nada tenía que ver el Gobierno de España, fue aprovechado inmediatamente por el aparato de propaganda socialista para movilizar a grandes capas de la sociedad española contra ese Gobierno, que no podía entender por qué se le responsabilizaba de que el mal estado de un barco, los errores de su tripulación y un temporal lo hubieran hundido.

Hay que recordar cuál era el panorama político de aquel noviembre de 2002: gobernaba con mayoría absoluta José María Aznar, la economía española iba viento en popa después del éxito de las medidas tomadas para conseguir la entrada en el euro, y la oposición, con un Zapatero que no conseguía encontrar puntos débiles en la gestión del Gobierno, veía aterrorizada cómo el PP se encaminaba a una tercera victoria electoral consecutiva.

El *Prestige* hizo que se encendieran las antenas de los aprendices de Münzenberg y Goebbels, que siempre pululan en las filas de la izquierda, y pensaron que había llegado su hora. La verdad es que aquella tragedia era muy fotogénica: playas totalmente negras, aves y peces llenos de petróleo, pescadores desolados. Es inolvidable la ilusión con que algunos presentadores de televisión exclamaban desde las playas gallegas: ¡llega el chapapote!



Pues bien, toda esa fotogenia, que provocaba lógicamente la tristeza de cualquier espectador al ver la magnitud de la tragedia, fue aprovechada hábil-

mente por esos manipuladores para, a base de repetirlo mil veces, meter en la cabeza de los españoles la idea de que todo aquello lo habían provocado el PP y su presidente Aznar. Parece absurdo, pero la ley de Goebbels se cumplió entonces con precisión milimétrica, y aquella rotunda mentira se convirtió en una verdad absoluta para todas esas víctimas de los departamentos de *agitprop*. Y así, el panorama, que el día antes del hundimiento del buque era negro para la izquierda, empezó a cambiar y Zapatero comenzó a abrigar esperanzas.

Y de todo esto me he acordado cuando he visto la movilización de toda la izquierda contra Isabel Díaz Ayuso con la excusa de un problema que ha surgido en la puesta en marcha de una iniciativa, impulsada por ella, para mejorar la asistencia de las urgencias extrahospitalarias en la Comunidad de Madrid. Ese problema, que cualquiera comprende que es menor en comparación con toda la actividad de la Consejería de Sanidad, los manipuladores de siempre pretenden convertirlo en una descalificación total de Ayuso, de la que piensan que, si no le organizan un *prestige*, va a arrasarse en las elecciones de dentro de seis meses. Algo parecido a lo que veían hace 20 años con aquel PP que gobernaba a satisfacción de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

Les da igual que la sanidad madrileña sea, sin discusión, la mejor de España y que eso lo reconozcan los médicos y los pacientes, porque, cuando se tiene fe en un proyecto totalitario, ya lo decía Lenin, la mentira se convierte en un arma revolucionaria. Y en eso están.

Espero que los madrileños no sólo no pierdan la confianza que le dieron a Ayuso el año pasado, sino que, como reacción a esta burda operación de *agitprop*, se la aumenten.

Tres mil años de hipocresía

Gianni Infantino, presidente de la FIFA desde 2016, salió en defensa de la celebración del Mundial de fútbol en Qatar sugiriendo que Europa no está para dar lecciones: pero no por su presente, sino por su pasado.

Juan Manuel de Prada (ABC)

Hn archipámpano futbolero, en un discursito bastante ridículo y altisonante, ha tildado de hipócritas las críticas recibidas por la celebración en Qatar del Mundial de fútbol, pues «los europeos, por lo que hemos hecho durante los últimos tres mil años, deberíamos estar pidiendo perdón los próximos tres mil antes de dar lecciones de moral a otros».

Ciertamente, los europeos no estamos para dar lecciones morales; pues los pueblos que se han desarraigado de la savia que les presta su sustento no pueden ya dar frutos. Europa renegó de la fe que la hizo crecer frondosa; y ahora se ha convertido en un pudridero mucho más abyecto que cualquier nación pagana o hereje. Una copa vacía es algo muy distinto a una copa en la que hubo vino; de ahí que la inmoralidad europea sea mucho más sórdida que la inmoralidad de un país como Qatar. No es lo mismo vivir ignorando la Verdad hecha carne o sólo atisbándola entre brumas (como hacen los qataríes), que vivir después de haber renegado de ella con orgullo y delectación, como hemos hecho los europeos. De ahí que los qataríes, aun en medio de las brumas en las que viven, puedan todavía decretar leyes morales, fundadas en la verdad de la naturaleza humana, que cualquier hombre que no haya dimitido de la razón puede alcanzar; en cambio, los europeos, al renegar de la Verdad



hecha carne, hemos renegado también de la razón, ya no podemos conocer la verdad de la naturaleza humana, ya sólo podemos evacuar leyes aberrantes, propias de fieras.

Pero el discursito del archipámpano futbolero no pretendía –¡por supuesto!– señalar que la apostasía europea es mucho más sacrílega que la herejía qatarí. Le habría bastado con señalar que en Qatar están institucionalizados algunos de los pecados que claman al cielo, mientras en Europa todos ellos pueden ser perpetrados al cobijo de las leyes aberrantes que los encumbran. El archipámpano futbolero, lacayo al fin del reinado plutocrático mundial, prefirió el zurriburri moral, metiendo en el mismo saco los pecados que claman al cielo y las leyes morales, para rematarlo todo con esa estúpida remisión a los «tres mil años» de indignidad europea, como si en esos tres mil años no hubiese ocurrido un Hecho significativo, como si la Verdad hecha carne no hubiese pasado por el

mundo. Desde luego, en Europa hubo crímenes antes de ese Hecho, propios de los pueblos que sólo pueden captar brumosamente las verdades morales; y los hubo mientras ese Hecho cimentó la vida europea, propios de los pueblos que violentan las verdades morales. Pero los crímenes más horribles son los que se fundan en el rechazo de ese Hecho, porque se perpetran como si fuesen expresiones de la virtud más acendrada. Hipocresía ha existido siempre en Europa; pero mientras ese Hecho brilló en la vida de los europeos, la hipocresía era el homenaje que el vicio rendía a la virtud; hoy la hipocresía consiste en presentar la virtud como el más horrendo de los vicios, en escarnerla, en injuriarla, en condenarla y asesinarla.

57 céntimos a la hora

Hay que quitarse el sombrero ante la selección de Irán cuando ayer se negó a cantar el himno o a celebrar los goles. Hay que tener mucho valor

Félix Madero (*Vozpópuli*)

La memoria es corta, traicionera y en ningún caso, inocente, aunque así nos la quieren hacer pasar aquellos que en la misma mano llevan siempre pares y treinta y una. Esta forma de amoldarse, que no es exclusiva de los que mandan, es ya casi una costumbre entre nosotros. Ni discutimos ni nos sorprendemos porque el mismo que nos asegura que el sol sale por el este mañana nos diga que por Oeste. La luz y su ocultación caminan juntas en nuestras vidas. Nos quejamos, pero solo en las sobremesas de los sábados, cuando después de unos tragos tenemos una solución, cuando no la solución.

Al final, el *Mundial* ha tapado, o nos ha hecho olvidar lo que Sánchez trama con la desaparición del delito de sedición, el de la malversación, el disparate de la ley del sí es sí. Sánchez es un tío con suerte, la actualidad lo quiere y perdona. Hablemos, pues, del *Mundial*.

En mayo de este año, o sea hace siete meses, estuvo por aquí el emir de Qatar. El jeque Al Thani se reunió con el Rey Felipe VI. Veo en una fotografía a los



dos sonreír mientras se dan un apretón de manos. Ambos con chaqueta, camisa blanca y sin corbata. Después, el jeque se vio con Pedro Sánchez. Después, con el alcalde de Madrid. Después estuvo en el Congreso de los Diputados. Era su primera visita oficial desde 2003, y Al Thani encontró una nación moderna y pragmática que le permitía vivir

unos días en la vieja Europa sin que nadie le recordara aquello que representaba en mayo y sigue representando hoy: todo aquello que nos da asco y repugna. Y nos repugnará siempre que lo que queramos recordar.

De Madrid se marchó satisfecho. Cómo no irse así si el Rey le otorgó el collar de la Orden Isabel la Católica y el alcalde, la Llave de Oro de la Villa de Madrid. El Congreso le regaló su medalla. El Senado hizo lo propio. A nadie le importó entonces la falta de libertad, el respeto a los derechos humanos, el menosprecio por la vida de aquellos que no son de su estirpe, su facilidad para comprar todo aquello que desea. Y porque ha deseado un mundial de fútbol, ya lo tiene, y servido en bandeja de plata.

Han puesto los ladrillos los parias que llegaron de Bangladesh, Filipinas, India y Nepal, que en muchos casos llegaron a cobrar 57 céntimos la hora de trabajo, seis euros al día, 171 al mes. Hay quien ha querido saber cuántos de ellos han muerto en accidente de trabajo. Nadie lo sabe. A quién le importa. Cuántos de nosotros vamos a acordarnos de ellos viendo las formas de esos estadios futuristas que, tras el *Mundial*, no tendrán ningún sentido en el desierto. Hay una cifra que publica *The Guardian*: 1.200 muertos. Hay otra de 6.200 que registran otros medios y que resulta increíble. Siete fueron los trabajadores muertos en el mundial de Brasil.

Leo editoriales de prensa que califican de vergüenza esta copa del mundo. Escucho a mis locutores deportivos favoritos escandalizarse por el trato que reciben las mujeres, todas ellas ignoradas en la primera línea en la ceremonia de inauguración. Y lo mismo en las televisiones, donde un comentarista –¿qué



estará haciendo allí?– llega a permitirse hablar de Qatar como epítome del estado esclavista. Y, sin embargo, periódicos, radios y televisiones han enviado allí a sus enviados especiales: reporteros, comentaristas, famosos y famosillos, cámaras, técnicos, traductores.

Repara uno en la cobertura de esos mismos medios con la guerra en Ucrania y me ruborizo y avergüenzo. ¿Cuándo perdimos las claves, los principios más elementales de este oficio? Al menos la BBC –qué le vamos a hacer, es siempre la misma– decidió no dar la casposa ceremonia de inauguración y poner en su lugar un reportaje para denunciar y explicar lo que es un régimen esclavista en pleno siglo XXI.

Me avergüenzo y ruborizo cada vez que voy al Bernabéu y veo a mi equipo con la leyenda de *Emirates, Fly Better* impresa en la camiseta blanca. Y miro a otra parte. Y me digo a mí mismo eso tan español de que esto es lo que hay, sin necesidad de preguntarme sobre aquello que humildemente uno podría cambiar. Sí, lector, escribo lejos de la inocencia, lo reconozco. Todos tragamos con el gran espectáculo del fútbol. Al final, el olvido de la realidad, de la verdad, hará que nos sentemos frente a la televisión con una cerveza y un

plato de jamón dispuestos a creer que estamos viendo un evento mundial basado en la nobleza del deporte. Por eso hay que quitarse el sombrero ante la selección de Irán cuando ayer se negó a cantar el himno o a celebrar los goles.

Hay que tener mucho valor, porque todos ellos han de volver a sus casas y nadie sabe qué se encontrarán. Lo de menos son los seis goles. Qué importa una goleada ante un gesto de dignidad como el que hemos visto.

La *realpolitik* se impone. Los sátrapas nos visitan y nosotros los agasajamos. No hay biografía que la fuerza del dinero no pueda lavar. Ahora, sin ir más lejos, Biden y Macron inician tratos con Nicolás Maduro. ¿Quién nos lo iba a decir cuando todos éramos del presidente interino Juan Guaidó? Qué importa que Maduro sea el dictador de un narcoestado que está matando de hambre a su pueblo, cuando no expulsando a millones de ciudadanos de Venezuela. ¡Ay si Cuba tuviera petróleo! ¡Pobrecillos!

Vi unos pocos minutos de la sesión del comienzo del *Mundial*. Sentí oprobio con la aparición del actor Morgan Freeman en el estadio Al Bayt recitando – en playback– una sarta de mentiras capaces de mover la tumba de Mandela, al que tan dignamente interpretó. Freeman habla y habla de la unidad de las naciones, y el estadio aplaude, y el mundo calla y cuenta los minutos para que balón empiece a rodar, justo allí donde un obrero bangladesí se dejó la vida mientras le pagaban 57 céntimos a la hora. Nadie se acordará de él, nadie de los otros centenares de muertos por ¿accidente laboral? Vamos tan rápido que somos incapaces de reconocernos. Incapaces de distinguir entre las mentiras con algo de verdad y las verdades con algo de mentira. No estoy seguro de que nos salga gratis.
